

Los niños y el ambiente

Lilia América Albert

Artículo publicado en La Jornada Veracruz. Lunes, julio 25, 2011
http://www.jornadaveracruz.com.mx/Noticia.aspx?ID=110725_123431_997

La preocupación por el impacto negativo del ambiente sobre la salud de los niños es creciente en los países desarrollados. Las cifras disponibles la justifican. La Organización Mundial de la Salud (OMS) calcula que dos terceras partes de las enfermedades asociadas con el deterioro ambiental ocurren en los niños y que, anualmente, mueren más de 5 millones de niños por enfermedades derivadas de la contaminación atmosférica y más de 3 millones por las asociadas con la contaminación del agua.

Son muchos e importantes los motivos de preocupación, entre ellos que, al nacer, los sistemas nervioso, inmunitario, reproductivo, gastrointestinal y respiratorio no están plenamente desarrollados, lo que pone a los niños en mayor riesgo frente a sustancias que no pueden metabolizar y excretar. La barrera entre la sangre y el cerebro tampoco está totalmente desarrollada en el feto, lo que aunado a que muchos contaminantes pueden atravesar la placenta facilita que estos agentes lleguen al cerebro y lo afecten, así como a todo el sistema nervioso y, eventualmente, al comportamiento del futuro bebé, el cual puede nacer con daños irreparables, no aparentes en un primer momento ni a simple vista.

Por otra parte, los pequeños respiran más rápidamente que un adulto e inhalan el doble de aire que él, con todo y contaminantes. Los niños también difieren de los adultos en metabolismo, consumo de alimentos y dieta; por estar en crecimiento, absorben mayores cantidades de calcio y, junto con él, metales tóxicos, como plomo y cadmio, que dañan gravemente al organismo. El principal alimento para muchos bebés es la leche materna, la que puede estar contaminada con sustancias persistentes y tóxicas, que también pueden dañarlos.

Por lo tanto, la exposición de los niños a los contaminantes ambientales puede afectar gravemente sus organismos y, como la esperanza actual de vida es elevada, las agresiones ambientales que sufran en sus primeros años podrán manifestarse tiempo después como enfermedades crónicas. Por estas razones, la OMS considera que, para lograr el desarrollo sustentable de los países, es esencial proteger a los niños de los riesgos ambientales.

En México apenas se empieza a dar importancia a este tema; como suele suceder, la causa es la preocupación de Estados Unidos que, después de comprender que los niños son mucho más vulnerables que los adultos a los contaminantes ambientales, se dieron cuenta de que muchos contaminantes de alto riesgo se generan en nuestro país y son llevados allá por los vientos o las lluvias; por lo que, para proteger a sus niños, debían empezar por convencer a nuestro gobierno de la importancia de estos riesgos e inducirlo a controlarlos.

De hecho, a partir de la firma del TLC y de sus acuerdos ambiental y laboral, el gobierno mexicano ha tenido que pasar varias vergüenzas internacionales cuando las quejas ambientales que aquí se desestiman –“no existen”, dicen los funcionarios– llegan hasta la Comisión de

Cooperación Ambiental y tienen que dirimirse fuera de casa y el país ha tenido que reconocer y tratar de resolver problemas que por años habían sido denunciados por investigadores y ciudadanos afectados sin el menor éxito.

Es claro que en México y, desde luego en Veracruz, todavía falta mucho para que el concepto de salud ambiental infantil se conozca, se acepte y se haga algo al respecto. En nuestro caso, se debería empezar por proteger a los niños que pueden haber estado expuestos a agentes ambientales peligrosos por muchos años. Entre ellos, los que nacieron en la zona de la industria petroquímica, es decir, desde Coatzacoalcos hasta Jáltipan; los que vivían en Córdoba, cerca de “Anaversa”, cuando explotó esta formuladora de plaguicidas y emitió grandes cantidades de plaguicidas y dioxinas que se formaron durante el incendio; los que vivían en Perote, cerca de donde la CFE dejó “temporalmente” –nada más unos 10 años– sus desechos de askareles, sin contar los expuestos a las emanaciones y filtraciones de los numerosos basureros a cielo abierto, los que viven cerca de los drenajes de aguas industriales, etc.

No habría que olvidar a los niños que trabajan en actividades riesgosas, como los expuestos a los plaguicidas en labores agrícolas, los que, en los talleres familiares, decoran la cerámica con compuestos tóxicos, aplican el vidriado a base de plomo en ollas y cazuelas o recuperan acumuladores gastados. En resumen, prácticamente todos los niños de Veracruz, o sea, el futuro de nuestro estado.

En la práctica, lo que falta por hacer en nuestro país para la protección de la salud infantil es muchísimo más de lo que se ha hecho, empezando por el compromiso de las autoridades de ambiente y salud ya que sobran los casos de exposición de niños a sustancias tóxicas que no han sido resueltos y, si no existen planes para resolver estos casos, menos los hay para evitar su repetición o el surgimiento de nuevos.

Es evidente que en México –y en Veracruz– se necesitan con urgencia acciones concretas, adecuadas y eficaces para proteger la salud de los niños respecto a las agresiones del ambiente pues su salud de hoy es la salud y la productividad del país –y del estado– del mañana

Sin embargo, habrá que agradecer que las autoridades estatales de salud todavía no se hayan dado por enteradas de este problema; así, no han tenido que cansarse –y cansarnos– asegurándonos que los niños de Veracruz viven en el mejor de los mundos posibles y que ni de lejos están expuestos a los graves riesgos de los que hablan la OMS y la CCA, aunque, según acostumbran, no cuenten con datos que respalden sus afirmaciones.

En cuanto a los padres, valdría más que fueran pensando cómo pueden informarse y proteger a sus hijos actuales y futuros de estos riesgos que, aunque son derivados de la modernidad y la globalización, se agravan por la apatía y la ineptitud oficiales.